

EL MISIONERO GIENNENSE JUAN BAUTISTA MOYA Y EL CONVENTO DE SAN AGUSTÍN DE MÉJICO

Carmen Eisman Lasaga

RESUMEN

Traigo al recuerdo la figura de Juan Bautista Moya, misionero agustino en Nueva España, que se distinguió además por su actividad fundadora. Ejerció el cargo de Prior del convento de San Agustín de Méjico. Tomando este dato como base, presento también un estudio histórico y artístico de la edificación de dicho convento y de su iglesia, y de la riqueza ornamental que tuvo en su época.

SUMMARY

I recall the figure of Juan Bautista Moya, an Augustinian missionary in Nueva España, who was also noticeable because of his founding activity. He was the Prior of San Agustín Monastery in Mexico. Taking this fact as a basis I also present a historical and artistic study of the building of the aforementioned Monastery and its church as well as the ornamental richness it had in its time.

Dentro del quinto centenario del descubrimiento de América, es mi propósito tratar en este estudio sobre la labor evangélica, humanística y creadora de un fraile giennense del siglo XVI, perteneciente a la orden de San Agustín, que fue uno de los primeros misioneros de Michoacán en la Nueva España, y que además llevó a cabo diversas fundaciones de iglesias y conventos en aquellas tierras.

Me refiero a Juan de Moya Valenzuela, que más tarde se llamaría sencillamente fray Juan Bautista, hijo de Jorge de Moya y de Teresa Valenzuela, nacido en Jaén en 1504 y muerto el 20 de diciembre de 1567¹ en tierras mejicanas (en Valladolid de Michoacán como afirma la mayoría, o en Guayangareo según dicen algunos).

Posteriormente daré noticia de lo que fue en su tiempo el edificio de la iglesia y convento de San Agustín construido en Méjico por los frailes de esa orden.

El hispanista Charles F. Lummis, en su libro sobre la labor colonizadora de los españoles en América,

dedica su más emocionado capítulo a los hombres del sayal y la cruz, y dice de ellos que «para dar siquiera un bosquejo de la obra realizada por los misioneros españoles en ambas Américas se necesitaría llenar varios volúmenes»².

En la misma línea, recientemente, Miguel Molina Martínez en su capítulo sobre «Jaén y América»³ bajo el epígrafe de *Iglesia y evangelización*, apunta el papel relevante que ejercieron los prelados y los misioneros en las Indias, en los comienzos de la colonización; y dice de ellos que «bien como representantes de la alta jerarquía eclesiástica, bien como humildes y abnegados misioneros, todos conforman un nutrido grupo al que la investigación histórica no ha prestado todavía la debida atención»⁴.

Don Jorge de Moya había peleado al lado de Fernando el Católico hasta que, finalizada la conquista de Granada, volvió a Jaén dispuesto a iniciar aquí nueva vida, y una de las cosas primeras que hizo fue casarse con doña Teresa Valenzuela, joven que procedía de una de las mejores familias de esta tierra.

De dicha unión nació Juan, un niño tímido y silencioso, al que sus adinerados padres enviaron, con el tiempo, a estudiar a la Universidad de Salamanca, dedicándose allí preferentemente al aprendizaje de las lenguas latina, griega y hebrea en las que llegó a ser un experto. En el convento de los agustinos de aquella ciudad trabó conocimiento con algunos frailes, especialmente con el insigne Tomás de Villanueva que tanto realce daría a las letras espirituales españolas y que tanta admiración despertó en Francisco de Quevedo. Juan Moya pidió el ingreso en aquel convento y fue especialmente bien recibido por el Maestro de novicios que era en aquel entonces fray Luis de Montoya⁵; vistió el hábito en diciembre del año 1522, cuando contaba dieciocho de edad. En el mismo convento de Salamanca efectuó su profesión religiosa el 20 de diciembre de 1523, en presencia de Santo Tomás de Villanueva, y desde ese mismo momento suprimió sus apellidos Moya y Valenzuela, para usar únicamente el nombre de Juan Bautista con el que siempre fue conocido. Su cronista, fray Agustín de la Coruña⁶, dice que desde que entró en el convento, fray Juan Bautista se ganó los ánimos de todos, especialmente de Luis de Montoya y del santo de Villanueva.

Tras diez años de estancia en el convento de Salamanca, siendo ya licenciado en Filosofía y en Teología, y conocedor de las lenguas hebreas, griega y latina, se despierta su vocación misionera. Desde 1531 los agustinos estaban preparando la primera expedición a América. Fray Jerónimo (Ximénez) de San Esteban, de la provincia de Castilla, andaba seleccionando religiosos para misionar en el Nuevo Mundo y procedía en esto con mucho cuidado. El Provincial, fray Francisco de Nieva, cumpliendo el deseo del P. General de la orden, había autorizado ya la expedición. Juan Bautista fue escogido en ese primer grupo junto con otros siete religiosos.

A pie y descalzos salieron hacia Toledo. Desde allí se dirigieron a Sevilla para tomar la embarcación. Corría el año 1533. Por estas fechas reinaba en España Carlos V, gobernaba la Iglesia el papa Clemente VII⁷, y era General de los Agustinos Gabriel de la Volta Veneto.

Pidió permiso fray Juan Bautista para desviarse a Jaén, su ciudad natal, con ánimo de convencer a su hermano para que hiciese el mismo viaje y con los mismos fines apostólicos que él⁸. No logró su propósito, pero se detuvo tanto en el Santo Reino que, cuando llegó a Sevilla, el barco ya había zarpado con los otros siete frailes. Fray Juan tuvo que esperar casi tres años hasta que fue enviada la segunda expedición a Nueva España.

Llegados a Méjico en 1536, Juan Bautista, acompañado de Agustín de la Coruña, fue enviado a las tierras de Tlapa y Chilapa, en las que realizó sus primeras acciones evangelizadoras; después fue enviado a la *doctrina*⁹ de Guachinango, en donde siguió dedicándose por entero a su tarea misional entre los indios.

Fray Matías de Escobar, en su *Americana Thebaida*¹⁰, pone de manifiesto la vida abnegada de este hombre y narra diversos prodigios acaecidos con el santo giennense. En el mismo sentido se expresa el P. Juan de Grijalva¹¹ en su *Crónica*.

La fama de sus méritos llegó a Méjico y el Provincial lo llamó. Fray Juan Bautista dejó encomendada la misión al P. Francisco de Villafuerte.

Llegado a la capital, su superior le nombró Prior del convento de San Agustín¹². Pasado un cierto tiempo suplicó para que le aceptasen la renuncia, y lo consiguió al fin después de muchos ruegos; pero con la condición de que permaneciese en ese convento con el nombramiento de Predicador. Su actividad misionera en la capital no cesó.

Cuando fray Juan Bautista llegó a Méjico llamado por el Provincial, aún no estaba construido el magnífico edificio que sería inaugurado mucho más tarde, en 1587, después de cuarenta y seis años de trabajos. A pesar de que damos esta fecha, debemos agregar que la edificación definitiva sería terminada realmente con todo tipo de detalles —excepto la sillería del coro— en los últimos años del siglo XVII, tras la restauración que se llevó a cabo en ella como consecuencia del devastador incendio ocurrido en diciembre de 1676.

Durante su estancia en Méjico en donde, como acabamos de decir, fue nombrado Prior de ese Convento de San Agustín del que nos ocuparemos a continuación, fray Juan Bautista se dedicó al estudio de la lengua otomí. El conocimiento de las lenguas indígenas era necesario para la evangelización; así lo entendieron los agustinos y, sobre todo, los que misionaron en la Nueva España en donde se hablaba tantos y tan distintos idiomas. El P. Juan de Grijalva cuenta en su *Crónica* que en algunas de sus iglesias se predicaba, de un modo simultáneo, en tres lenguas diferentes.

Mientras duró su estancia en Méjico alternó la predicación en la iglesia con las visitas a las cárceles y a los hospitales llevando siempre remedios para todos. «Quien poco antes lo había visto en el púlpito, lo juzgaba por un San Juan Crisóstomo. Y quien en breve lo atendía en la enfermería creía, sin duda, que era un San Juan de Dios»¹³.

Estando en Méjico empleado en estos menesteres, el Capítulo reunido allí lo nombró Definidor de la Provincia; pero a partir de ese momento sus fuerzas empezaron a languidecer hasta tal punto que fue necesario llamar al médico quien aconsejó su traslado a la «tierra caliente». Aceptado el consejo como solución para que el santo giennense recuperase la salud, fray Juan Bautista, alegre por abandonar la capital y con ella todas las dignidades que su orden le había conferido, comenzó a preparar su viaje que terminaría en los últimos confines de la provincia de Michoacán, en las lejanas tierras de Pungarabato y Ajuchitlán.

Se despidió del Provincial que era en esos tiempos fray Jerónimo de San Esteban y ligero de equipaje, como siempre, salió en 1552 hacia Valladolid de Michoacán. Era Prior de aquel convento fray Diego de Salamanca (que luego sería nombrado obispo de Puerto Rico). Pero como la edificación estaba todavía comenzando a ser levantada, al llegar fray Juan Bautista solicitó trabajar allí como peón de albañil; así ejerció este oficio y el de sobrestante que le sirvió de mucho no sólo porque aprendió las técnicas de la construcción de edificios, conocimientos que luego emplearía en posteriores fundaciones de iglesias y conventos, sino también porque trabajando con los indígenas aprendió la lengua tarasca que tan útil fue para sus labores misioneras.

Según cuentan sus biógrafos, cada vez se extendía más su fama de taumaturgo. Matías de Escobar afirma que «muchas fueron las maravillas que obró en este convento de Valladolid. No quedaron escritas éstas,

porque sus Cronistas sólo refirieron las que obró en México y ellos gozaron, como fueron las de Tlapa y Chilapa que escribió el Ilustrísimo Coruña; y las de México que refirió el señor Rincón¹⁴. Pero las de Valladolid quedaron sepultadas en el olvido [...] Empero, si los milagros que hizo en vida se olvidaron, los que hoy muerto hace en esta ciudad por medio de su sombrero pueden servir y suplir por los que el tiempo y omisión nuestra no encomendó a las historias; los cuales son tantos, que puede por éstos levantarse con el título de Mechoacano Taumaturgo»¹⁵.

Desde Valladolid sus superiores enviaron a fray Juan Bautista, con el nombramiento de Lector, a otro convento en la cercana localidad de Tiripitío en la que existía una incipiente y ya famosa universidad. Fray Juan fue el segundo Lector que hubo en esa provincia. Según las noticias suministradas por Antonio de Alcedo, Tiripitío era cabeza de partido de la Alcaldía mayor de Valladolid en la provincia y obispado de Michoacán. Situada a seis leguas al oriente de la capital llamada Pásquaro, su nombre significa *Lugar de oro*. En el siglo XVIII había declinado mucho; tenía su convento de religiosos de San Agustín, con cuatro familias de españoles y treinta y dos de indios. «En este pueblo fundó fray Alonso de Veracruz¹⁶, religioso agustino, la Real Universidad que después se trasladó a México»¹⁷.

Como tenía por costumbre siempre que le daban algún cargo de importancia, fray Juan renunció prontamente al lectorado y consiguió ser enviado a las tierras de Tacámbaro. Aceptó el cargo de Prior de dicho convento porque así podría visitar toda la costa del sur que caía bajo su jurisdicción como superior de todas las *doctrinas* que existían en aquellos lugares. Como dice el P. Basalenque, este fue el único cargo al que no renunció por propia voluntad.

En el tiempo en el que se mantuvo como Prior de Tacámbaro recorrió todas aquellas extensas y amenas tierras que estaban bajo su jurisdicción y a partir de entonces se dedicó a una infatigable actividad fundadora.

Desde ese pueblo se dirigió a hacer una fundación al lejano de Pungarabato que en tarasco se dice *Funguato* y significa «monte de plumas» porque en él se encontraba el dios Huitzilopochtli¹⁸. En este lugar construyó una iglesia de cal y canto y posteriormente levantó un convento; él trabajó personalmente en dichas obras con los indios empleando la técnica que había aprendido cuando ayudó en la edificación del convento de Valladolid.

A partir de aquí, las fundaciones que llevó a cabo fray Juan Bautista se suceden de un modo asombroso. Que se sepa, creó por lo menos *dos visitas*¹⁹ que dependieron de Pungarabato: una fue la de Tlapeguala y otra la de Coyuca. Posteriormente, a ruegos de los propios indios, edificó iglesia y ayudó a mejorar las viviendas de los naturales en los pueblos de Tuzantla y de Cutzamala. Más tarde se trasladó a Zirándaro en donde también, bajo su dirección y con su trabajo personal como siempre, llevó a cabo la edificación de iglesia y convento. Dotó a esta jurisdicción de varias *visitas* y cuando lo vio todo terminado se trasladó al término de Cutzio; allí, según cuenta Matías de Escobar²⁰, levantó con ayuda de los indios, además de un convento, «una iglesia de bóveda, la cual en el estado en que la dejó, hoy persevera [...] Las ruinas del convento apenas se hallan». En esta jurisdicción creó una nueva *visita* a la que los indios, en señal de gratitud hacia el santo fraile, pusieron el nombre de San Juan Huétamo.

Acabada esta fundación llegó al lugar más extremo, a Ajuchitlán, pueblo costero en el que volvió a edificar nueva iglesia y convento y remató su obra erigiendo en la orilla una torre de cal y canto que bien pudo servir de faro para los navegantes.

Hay noticias de una nueva fundación de iglesia y convento en la localidad de Purungueo a cuya cabecera puso el nombre de Santa Catalina de Alejandría, y se cree que dotó a aquellos indios de algunas *visitas*. De

Purungueo pasó al extenso partido de Turicato en donde, infatigable, edificó un convento y una iglesia, y adoctrinó a los indios como solía.

Además de todas las fundaciones que acabamos de enumerar realizadas por fray Juan Bautista Moya, se le atribuyen otras cuyos nombres han podido ser conocidos: Acapulco, Ario, Atoyaque, Cuaguayutla, Guacana, Petatlán, Santa Clara, Sinagua, Teipán y Urecho.

Como consecuencia de esta vida tan llena de trabajos, en medio de un clima adverso y con las terribles penitencias que impuso a su cuerpo, fray Juan Bautista enfermó gravemente y fue llamado por el Provincial Juan de Medina Rincón, que residía entonces en el convento de Valladolid de Michoacán, quien intentaba devolverle la salud obligándole a descansar y a comer debidamente. Desde la «tierra caliente» tuvieron que llevarle a Valladolid tumbado en una camilla hecha de mimbres y de ramas de encina. Los intentos que hicieron para que recuperase las fuerzas fueron inútiles y el día 20 de diciembre de 1567, a la edad de sesenta y tres años, Juan Bautista Moya y Valenzuela «expiró como quien se duerme en un suave sueño, con tan gran sosiego que por gran rato se dudó de su tránsito; juzgándolo todo por arrobo o éxtasis de los muchos que tenía»²¹.

Del humilde fraile giennense agregan algunos cronistas que dejó numerosos escritos; pero éstos no han sido encontrados. El agustino Diego de Basalencque dice que fray Juan Bautista «escribió gran número de cartapacios, más para ejercicio de hacer memoria y ocupación, que para sacar a luz; aunque hay algunos *Sermonarios* suyos bien útiles y provechosos»²². Debe ser verdad dada su altura intelectual y su cultura humanística, aunque en el tiempo de su vida «algunos lo tenían por idiota, como le ocurrió al Ángel Aquino; y era la causa que como otros estudian para ostentar soberbios lo que saben, Nuestro Venerable Bautista estudiaba para ocultar su sabiduría»²³.

Fue tal su calidad humana que en medio de toda la legión de hombres esforzados que se dedicó a evangelizar el Nuevo Mundo, mereció ser incluido en ese grupo único y selecto, conocido con el nombre de los *nueve de la fama*, en el que se encuentran tres frailes de cada una de las tres órdenes que más influyeron en aquellas tierras: los agustinos fray Juan Bautista Moya, Antonio de Roa y Francisco de la Cruz; los franciscanos fray Martín de Valencia, Andrés de Olmos y Juan de San Francisco; y los dominicos fray Cristóbal de la Cruz, Domingo de Betanzos y Tomás del Rosario. «Estos nueve varones no fueron famosos sólo por su seráfica condición religiosa, sino por el alto valor científico y fundacional» que tuvieron²⁴. Juan Bautista Moya fue uno de los religiosos de mayor santidad y de más hirviente dinamismo creador entre los muchos que misionaron en la Nueva España; tuvo fama por todas estas virtudes, pero el tiempo y la inconstancia de la memoria humana se han encargado de sepultar su nombre en el olvido.

La Iglesia y Convento de San Agustín

Vista, entre otras muchas circunstancias, la labor que este fraile ejemplar llevó a cabo durante su estancia en la capital de Méjico, es mi intención ahora aportar algunos datos sobre la fundación en esa ciudad del anteriormente mencionado convento de San Agustín.

Los agustinos se distinguieron, más que las otras dos órdenes que fueron también a evangelizar desde el comienzo de la colonización (franciscanos y dominicos), por la solidez y la magnificencia de los edificios que levantaron en el Nuevo Mundo.

Los siete primeros agustinos que llegaron a Nueva España habían desembarcado en Veracruz en mayo de 1533 y desde allí se dirigieron a Méjico. Entraron en la ciudad el 7 de junio y ocho años más tarde, el 28 de agosto de 1541, fue colocada la primera piedra de lo que sería el nuevo convento de San Agustín por el Virrey don Antonio de Mendoza; en este acto intervinieron también el obispo de Méjico fray Juan de Zumárraga, dos representantes de las órdenes de los franciscanos y dominicos, y finalmente el Vicario Provincial de los agustinos fray Francisco de la Cruz. Carlos V y el Virrey Mendoza proporcionaron los fondos para la construcción, que se vieron aumentados con la aportación económica de doña Isabel Moctezuma quien, según palabras de Grijalva, colaboró «con tanta largueza como lo pedía su real sangre y prosapia».

Tras muchas penalidades, ya que la edificación se estaba llevando a cabo sobre un terreno cenagoso difícil de cimentar, (los indios lo llamaban *zoquipán* que significa «en el lodo»), el edificio que constaba de iglesia y convento quedó terminado en 1587, después de cuarenta y seis años de trabajos intermitentes. La fábrica resultó magnífica y tampoco se descuidó la decoración interior. Según afirmación de Manuel Romero de Terreros, «el retablo del altar mayor se exornó con pinturas de Andrés de la Concha, uno de los primeros maestros de la escuela mexicana; y a ambos lados de la nave fueron construidas capillas «mejores que las de Toledo»²⁵. La edificación, en su conjunto, resultó magnífica. Había lugar en ella para todas las dependencias habituales en este tipo de conventos. Aparte de sus celdas, dormitorios y refectorios, resaltaban por su esplendor la sala de *profundis* y la biblioteca en la que se llegó a contabilizar, por lo menos, un total de 6.744 volúmenes.

La planta baja del claustro que estaba junto a la iglesia fue construida con arcos de medio punto en sus cuatro lados. En la planta alta los arcos eran rebajados. Según afirma Cervantes de Salazar en el segundo de sus *Diálogos*, se había planeado construir en la parte frontera de la iglesia una gran plaza con losas de piedra plana, cercada con postes también de piedra, cada uno de los cuales soportaría en su parte superior un león del mismo material; todos los postes irían unidos por una gruesa cadena. Sin embargo, no se sabe si este último proyecto se llevó a cabo. Lo que sí se sabe con certeza es que en la noche del 11 de diciembre de 1676, casi noventa años después de haber sido terminada, esta magnífica edificación quedó destruida por un incendio que consumió en tres horas «toda la iglesia y altares; fue noche fúnebre», según palabras de Antonio de Robles. Con grandes esfuerzos se consiguió que no desapareciera todo el convento y edificaciones vecinas, gracias a la intervención de los ciudadanos alentados por el Virrey que por aquel entonces era el Arzobispo de Méjico fray Payo Enríquez de Rivera²⁶.

Según cuenta Romero de Terreros²⁷, el caballero don Juan de Chavarría «tuvo el valor de abrirse paso entre las llamas y rescatar la custodia, con el Santísimo Sacramento que estaba expuesto en el altar mayor, acción cuyo recuerdo perpetuó, con autorización real, en la fachada de su casa, que existe hasta la fecha, y ostenta, dentro de un nicho y esculpido en piedra, un brazo cuya mano sostiene un ostensorio». La *Crónica de Nuremberg*, valioso manuscrito que perteneció a la biblioteca del convento, da también noticia de aquel incendio con estas palabras: «Viernes onsse de Diciembre de el año de 1676 a las siete de la noche, se pegó fuego en la plomada y techo de el Conbento de el Señor San Agustín, que duró en caer el techo más de 3 oras i se quemó el colateral maior y todos los demás pues sólo dio lugar a que se sacase los dos depósitos i algunas himájenes y parte de algunos colaterales; i duró el fuego más de tres días en acabarse. Era Virrei el Señor Arzobispo don Fray Paio de ribera y Correxidor el señor Conde de Santiago».

Cinco meses más tarde, el 22 de mayo de 1677, comenzaron las obras de reconstrucción que se prolongaron durante quince años. El 14 de diciembre de 1692 se inauguraba solemnemente el nuevo y definitivo edificio del convento e iglesia de San Agustín, muy mejorado y ampliado en relación con el primitivo que

sufrió el incendio, aunque en la fecha de inauguración todavía faltaban algunos detalles de importancia, como gran parte del retablo del altar mayor y la sillería del coro que se irían completando con el tiempo.

La nueva iglesia, cuya planta era de cruz latina, fue construida toda de bóveda. Los muros fueron hechos de mampostería y los arcos y columnas de piedra labrada. Se había proyectado construir dos torres, siguiendo la línea arquitectónica más generalizada, pero sólo se terminó una de ellas, la que daba al poniente; la otra quedó solamente iniciada.

La entrada principal se hizo por la fachada sur, debajo del espacio ocupado por el coro. En cada una de las naves laterales hubo primitivamente seis capillas protegidas con rejas de madera torneada. La iglesia recibía gran parte de la luz a través de la cúpula que se alzaba sobre el crucero a unos treinta y cinco metros contados desde el suelo. Romero de Terreros añade que la sacristía y antesacristía se encontraban en el espacio correspondiente al brazo del crucero, en el lado del evangelio, y que el edificio era «en sí toda una iglesia; su cúpula de gajos descansa sobre tambor circular con ocho claros de medio punto y remata en graciosa linternilla»²⁸.

En uno de los brazos del crucero aparecía un *Cristo en Emaús* de Zurbarán, y en el otro un lienzo de Sebastián de Arteaga titulado *Incredulidad de Santo Tomás*. Había otras pinturas de mérito en esta iglesia, tales como un *San Javier* de Carlos de Villalpando, un *San Cristóbal* monumental de Rodríguez Juárez, y una *Santa Cecilia* que se atribuía a Simón Pereyra.

La entrada principal, adornada con columnas salomónicas, es una magnífica muestra del barroco mexicano. En el centro destaca un gran relieve de *San Agustín* que cobija bajo su capa, sostenida por dos ángeles, a varios frailes de su orden. El impresionante relieve del santo «tiene una expresiva y majestuosa cabeza, y la barba y mitra, así como el báculo, están finamente trabajados»²⁹.

Adosada al edificio de la iglesia, por el lado del poniente, fue levantada más tarde la llamada Capilla del Tercer Orden que tenía planta de cruz griega y cúpula octogonal con linternilla. Había también columnas salomónicas en su fachada que mostraba en lo alto, dentro de un nicho, una Virgen con el Niño.

Atendiendo a la descripción que hace García Cubas³⁰, el interior de la iglesia debió ser magnífico con una alta bóveda semicilíndrica y de lunetos descansando «sobre un vistoso y rico entablamento dórico, sostenido por elevadas pilastras entre las cuales se hallan distribuidas las capillas, separadas de la nave principal por arcos de medio punto poco elevados y sostenidos por pequeñas pilastras combinadas con las principales expresadas, hallándose sobre cada uno de los arcos un amplio balcón de aspecto elegante».

La portada lateral no tenía la misma magnificencia que la principal, pero sí hay que destacar en ella la existencia de un medallón con el relieve de la Virgen de Guadalupe.

En el altar mayor había un retablo en madera tallada, como era costumbre en las iglesias que se construyeron en el Nuevo Mundo; fue obra del «maestro escultor y ensamblador» Tomás Xuárez, quien fue contratado por el Procurador fray Antonio de Campos, para que completase los tres cuerpos que faltaban. (Existía ya un primer cuerpo). Xuárez se obligó a entregar la obra terminada «en blanco», en un plazo máximo de quince meses, y se comprometió a ejecutarla dentro del convento; para este fin los frailes le proporcionaron la madera y otros materiales necesarios. El retablo fue construido en los tres cuerpos dichos y el artista recibió por cada uno de ellos la cantidad de dos mil trescientos pesos de oro³¹. Después que la obra quedó concluida dentro del plazo previsto, toda la madera fue dorada y estofada por los maestros Simón y Nicolás de Espinosa.

Además de este magnífico retablo, conviene señalar la existencia de imágenes notables, especialmente una *Virgen de la Paz* vestida con un traje de raso bordado con ramos y florones de oro y más de sesenta mil

perlas; «tenía manto de seda azul, también bordado de perlas, y lucía sobre el pecho una joya de diamantes y esmeraldas»³².

Pero la labor que más nos interesa destacar por su perfección es la que se llevó a cabo en la confección de la sillería del coro, obra maestra que fue tallada en madera de nogal, aunque inicialmente se había estipulado que fuese de caoba. García Granados habla con admiración de esta maravillosa sillería y ensambla su propia opinión con el parecer del escultor Guillermo Toussaint, quien piensa que la talla no se llevó a cabo por una sola mano, y que quienes intervinieron fueron los oficiales «más primorosos que había en dicho oficio». Nos describe cómo las ropas de los personajes que aparecen en las tallas «son de tela», y las armas «son de acero» y que, en una palabra, los personajes representados adquieren «vida y movimiento», para añadir más adelante que «las figuras del primer término son casi de bulto redondo, a todo relieve; se desprenden de la tabla, van a salir ya hacia nosotros [...]»³³. El profesor Diego Angulo habla también con admiración de esta sillería a la que considera como uno de los mejores y más numerosos conglomerados de escenas del Antiguo Testamento que haya sido creado por el arte hispánico.

El contrato para la realización de esta magnífica obra de arte tuvo lugar en Méjico el 28 de mayo de 1701 y en él intervinieron por un lado el Prior Provincial de los agustinos fray Gaspar Ramos, y por otro Salvador de Ocampo «maestro de ensamblador y entallador», aparte de otros testigos y fiadores. Este Salvador de Ocampo era hijo de Tomás Xuárez, el autor del retablo, y de acuerdo con la opinión de García Granados, Toussaint, Romero de Terreros y otros críticos es muy probable que el padre también interviniera en la elaboración de la sillería. El trabajo de talla se hizo todo dentro del convento con maderas proporcionadas por los agustinos, como había sucedido con el retablo. Debería estar «acabada dicha sillería para el día primero de mayo del año que viene de 1702, con toda la perfección, adorno y lucimiento que pueda haber, a satisfacción de maestros de ciencia y conciencia en dicho arte, por todo lo cual se le ha de dar y pagar [a Salvador de Ocampo] por dicho Reverendo Padre Maestro Provincial ocho mil Pesos de oro común»³⁴.

Desgraciadamente la lima del tiempo y el descuido humano han ido destruyendo poco a poco esta obra. El Real Convento de San Agustín de la ciudad de Méjico sufrió de un modo especial los efectos del deterioro que fue produciéndose, sobre todo en su interior, a causa de los sucesos políticos del siglo XIX. Las fachadas también comenzaron a acusar sensiblemente las consecuencias del abandono. Sólo quedó abierta al culto la Capilla del Tercer Orden. El antiguo edificio de la iglesia y convento fue en parte derribado y en parte vendido. La hermosa sillería del coro quedó desmantelada y guardada en un almacén.

Aunque la idea existía desde el año 1833, fue en 1867 cuando se decidió rehabilitar la iglesia para instalar en ella la Biblioteca Nacional. Con este propósito fueron presentados al gobierno diversos planos y proyectos «para arreglar el edificio y hacer desaparecer, hasta donde fuera posible, el aspecto de iglesia que tenía. Se acordó aceptar el presentado por los arquitectos, discípulos de la Academia Nacional de Bellas Artes, don Vicente Heredia y don Eleuterio Méndez. En 31 de diciembre de 1867 se aprobó el presupuesto general; y el 13 de enero de 1868 se comenzó la obra, resolviéndose dotar al Bibliotecario de una vivienda cómoda y decente»³⁵.

El edificio fue acondicionado y terminado de la mejor manera posible, y el Presidente don Manuel González lo inauguró como Biblioteca el 2 de abril de 1884. En 1893 la antigua Capilla del Tercer Orden fue también reformada con el mismo propósito y en ella se instaló el departamento para el servicio nocturno.

Esta es, a grades rasgos, la historia de una joya arquitectónica que causó admiración entre tantas como fueron edificadas en el Nuevo Mundo.

NOTAS

1. En una brevísima referencia que aparece en *Don Lope de Sosa*, Jaén, 1916, p. 277, acerca de este religioso, se dice por error que murió en 1577.

No debe confundirse a este fray Juan Bautista con su homónimo nacido en Méjico en 1555, que perteneció a la orden franciscana y escribió varios libros de sólida doctrina, destacando las *Advertencias a los confesores de indios*, obra impresa en Santiago de Tlaltelolco en 1599. Hubo otro fray Juan Bautista, agustino, que nació en Córdoba hacia 1548 y, tras ser Maestro de novicios en Córdoba y Granada, pasó a las Indias y allí vivió en el convento de Tiripitío.

2. LUMMIS, Charles F., *Los exploradores españoles del siglo XVI: vindicación de la acción colonizadora española en América*, Barcelona, Araluze, 1921, cap. VII, p. 130.

3. Incluido en el libro *Jaén*, Granada, ed. Andalucía, 1989, 4 tomos. T. II, pp. 589-606.

4. *Ibid.*, p. 600.

5. Fray Luis de Montoya, natural de Belmonte (Cuenca), fue nombrado maestro de novicios en 1521, cargo que desempeñó hasta 1525. De 1526 a 1535 fue Prior del nuevo convento de Medina del Campo. Dejó escritas numerosas obras de contenido ascético.

6. Fray Agustín de la Coruña nació en la villa de este nombre, en el obispado de Osma, hacia 1508. Murió el 25 de noviembre de 1589 en Popayán. (Algunos afirman que murió en Timaná en 1590).

7. Murió este papa el 25 de septiembre de 1534 posiblemente de un cáncer de estómago que se le manifestó violentamente desde el mes de junio de ese año. A Clemente VII le sucedió Paulo III (1534-1549) quien fue retratado por Tiziano en tres ocasiones.

8. Así lo refiere el P. GRIJALVA en su *Crónica de la Orden de N.P.S. Agustín en las provincias de Nueva España en cuatro edades desde el año 1533 hasta el de 1592*, México, 1928.

9. Las *doctrinas* de indios que existían en los obispados contaban con sus propias iglesias muy lucidas en altares y ornamentos. Después que fueron establecidas las *reducciones*, quedó en esos lugares un misionero encargado del cuidado espiritual de los indios. Como su principal tarea consistía en enseñarles la doctrina cristiana, recibieron el nombre de doctrineros y las *reducciones* fueron llamadas *doctrinas*. Tras el Concilio de Trento, gracias a las constituciones pontificias y a las leyes reales, cambió la situación jurídica y económico-social de las doctrinas que desde entonces quedaron convertidas en verdaderas *parroquias*. Sin embargo, este último nombre se reservó para los pueblos de españoles, mientras que las reducciones de indios continuaron llamándose *doctrinas*.

10. ESCOBAR, Matías de. *Americana Thebaida*, México, Imprenta Victoria, 1924.

11. GRIJALVA, Juan de. *op. cit.* No se confunda a este religioso con otro Juan de Grijalva originario de Cuéllar (Segovia), que fue teniente del Gobernador Velázquez en la isla de Cuba. Este soldado, al mando de cuatro naves y con una tripulación de 240 hombres, zarpó de Santiago de Cuba el 1 de mayo de 1518 y realizó numerosos descubrimientos y conquistas en tierras mejicanas.

12. En contra de lo que algunos piensan, no fue éste el primer convento que empezaron a edificar los agustinos en la Nueva España. Los primeros conventos de esta orden fueron levantados en Ocuituco (actual estado de Morales) y en Tiripitío (provincia y obispado de Michoacán).

13. *Americana Thebaida*, p. 467.

14. El Provincial agustino Juan de Medina Rincón, que el 16 de junio de 1574 fue nombrado obispo de Michoacán y murió en 1588, dejó escrita una vida de fray Juan Bautista Moya.

15. *Americana Thebaida*, pp. 475-477.

16. Fray Alonso de la Veracruz (Alfonso Gutiérrez) nació en Caspueñas (Toledo) hacia el año 1504 y murió en Méjico en julio de 1584. Fue Maestro de Artes en la Universidad de Salamanca y desde allí pasó a las Indias, todavía

como seglar, en el mismo barco en el que hizo su viaje fray Juan Bautista. Profesó en Méjico en 1537. Ocupó las cátedras de Prima y de Biblia en la universidad de Méjico. Fue propuesto para la dignidad de obispo de León, Nicaragua, pero no hubo modo de conseguir que la aceptase. Antes había renunciado a los obispados de Tlaxcala y Michoacán.

17. ALCEDO, Antonio de, *Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales o América*, Madrid, Imprenta de Manuel González, 1789, 5 tomos.
18. Dios azteca de la guerra y también divinidad solar, representado por un colibrí o por un guerrero con la cara pintada de negro y adornado con plumas.
19. Las *visitas* eran pequeñas aldeas.
20. *Americana Thebaida*, p. 489.
21. *Ibid.*, p. 536.
22. BASALENQUE, Diego. *Historia de la Provincia de San Nicolás de Tolentino, de Michoacán, del Orden de N.P.S. Agustín*, México, Viuda de Bernardo Calderón, 1673.
23. *Americana Thebaida*, p. 527.
24. BALLESTEROS GAIBROIS, Manuel. *Labor cultural de los misioneros españoles en América*, Madrid, Pax, 1936, p. 20.
25. ROMERO DE TERREROS, M. *La iglesia y convento de San Agustín*, México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1951, p. 7.
26. Perteneció a la orden de san Agustín y gobernó como Virrey de Méjico desde el 13 de diciembre de 1673 al 30 de noviembre de 1680.
27. ROMERO DE TERREROS, M. *La iglesia ...* p. 11.
28. *Ibid.*, p. 16.
29. REVILLA, Manuel G. *El Arte en México*, Méjico, Porrúa, 1923.
30. GARCÍA CUBAS, Antonio. *El libro de mis recuerdos*, Méjico, Porrúa, 1923.
31. Así consta en el documento firmado ante el Escribano Real y Público D. Juan Díaz de Rivera, Archivo de la Nación, Méjico, *Escritura 132, 21/1/1697*: «Yten es condición que dicha obra se ha de hacer y fabricar dentro de dicho convento (...) y la dará acabada en blanco con toda perfección sin pedir más cantidad de pesos que los 2300 Pesos en que así tiene concertado cada cuerpo de los tres de dicho retablo».
32. ROMERO DE TERREROS, M. *La iglesia ...* p. 19.
33. GARCÍA GRANADOS, Rafael, *Sillería del coro de la antigua iglesia de San Agustín*, México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1941.
34. Estos y otros datos pueden verse en el documento firmado ante el Notario y Escribano Público D. Diego Díaz de Rivera, Archivo de la Nación, Méjico, *Escritura 760, 28/5/1701*.
35. GONZÁLEZ OBREGÓN, Luis, *La Biblioteca Nacional de México. 1833-1910*, México, S.P.I., 1910.